

La Harina de Luna

Un relato de Sofía Ríos

Página 2: Capítulo 1

Capítulo 1: La Herencia del Panadero

Clara no heredó de su abuelo ni oro ni propiedades. La única herencia que recibió fue la vieja panadería familiar, "El Sol de la Mañana", y con ella, una receta secreta y un pequeño saco de harina atado con un cordel de plata.

—Esta no la uses para el pan de cada día, Clarita —le había dicho su abuelo en su lecho de muerte, con un brillo pícaro en los ojos—. Esta es la "Harina de Luna". Úsala solo cuando un corazón necesite recordar lo que la mente ha olvidado.

Clara sonrió ante el recuerdo. Su abuelo siempre había sido un hombre de historias y metáforas. Probablemente era solo una harina de trigo de alta calidad que él guardaba para ocasiones especiales.

Guardó el saco en la despensa, detrás de los botes de levadura y azúcar, y se dedicó a amasar el pan común que mantenía el negocio a flote.

Página 3: Capítulo 1 (continuación)

Pasaron las semanas. La vida en el pequeño pueblo costero era tranquila, marcada por el ir y venir de las mareas y el olor a pan recién hecho que se escapaba de la panadería de Clara.

Una tarde, el señor Ferrer, el anciano farero del pueblo, entró en la tienda. Tenía la mirada perdida y triste. Su esposa había fallecido hacía un año, y con ella, parecía que se habían ido todos sus recuerdos felices.

—Dame una hogaza, Clara —dijo con voz apagada—. La de siempre.

Clara lo miró, y en un impulso, recordó las palabras de su abuelo. Se excusó un momento y fue a la despensa. Desató el cordel de plata y tomó un puñado de la Harina de Luna. Era increíblemente fina y pálida, casi brillaba bajo la luz tenue. La mezcló con la masa normal y horneó una pequeña hogaza especial solo para él.

Página 4: Capítulo 2

Capítulo 2: El Sabor de los Recuerdos

Cuando le entregó el pan al señor Ferrer, este notó el aroma.

—Huele diferente hoy —comentó—. Huele a... brisa de verano.

Clara solo sonrió y le dijo que era una nueva mezcla de especias.

Al día siguiente, el señor Ferrer volvió a la panadería. Pero ya no era el mismo hombre de mirada ausente. Sus ojos brillaban con lágrimas, pero en su rostro había una sonrisa radiante.

—El pan, Clara... ¡El pan! —exclamó, agarrando sus manos con una energía que ella no le había visto en años—. Anoche, mientras lo comía, lo recordé todo. Recordé el día que le pedí matrimonio a Elena, en la playa, bajo la luna llena. Podía sentir la arena en mis pies, oír su risa... Hacía tanto tiempo que no podía recordar su risa.

Página 5: Capítulo 2 (continuación)

Clara se quedó sin palabras. No eran especias. No era una metáfora. La Harina de Luna era real.

Empezó a experimentar en secreto. Hizo pequeñas galletas para la bibliotecaria, que siempre se quejaba de no recordar los cuentos que su madre le leía. Al día siguiente, la mujer volvió tarareando una vieja canción de cuna. Hizo un bollo para un joven pescador que había perdido a su perro en una tormenta. Esa misma tarde, el joven le contó, con una sonrisa melancólica, que había soñado con el día en que encontró al cachorro.

La harina no traía de vuelta lo que se había perdido. Traía de vuelta la alegría de haberlo tenido.

Página 7: Capítulo 3 (continuación)

—Tu abuelo era un hombre sabio al esconderla —continuó el extraño—. Pero también fue descuidado al usarla. Hay poderes que no deben ser despertados, recuerdos que es mejor dejar enterrados.

El hombre miró a Clara fijamente. —La harina no solo despierta recuerdos felices. Despierta todo tipo de memorias. Y hay gente que pagaría cualquier precio por hacer que otros recuerden cosas que los destruirían. O por hacer que olviden para siempre.

Señaló el pequeño saco que Clara había dejado sobre la mesa de amasar.

—Ahora que tu abuelo no está, esa harina necesita un nuevo guardián. La pregunta es... ¿estás dispuesta a serlo? Porque ya no estás sola en este secreto. Y los que vienen a buscarla no serán tan amables como yo.

Página 7: Capítulo 3 (continuación)

Kael estaba en el invernadero, admirando cómo una pequeña gota de agua brillaba en una de las hojas de la planta, cuando lo oyó.

Un sonido rítmico, pesado, que venía del otro lado de la puerta.

CLANG. CLANG. CLANG.

Eran las botas magnéticas de un Regulador. Habían encontrado su santuario.

El corazón de Kael se detuvo. Miró la pequeña planta, tan vulnerable, y luego la puerta de metal que pronto sería derribada. Se levantó lentamente y se interpuso entre la puerta y la última esperanza verde del mundo. No sabía cómo, pero no dejaría que la apagaran. El jardinero había encontrado su propósito.